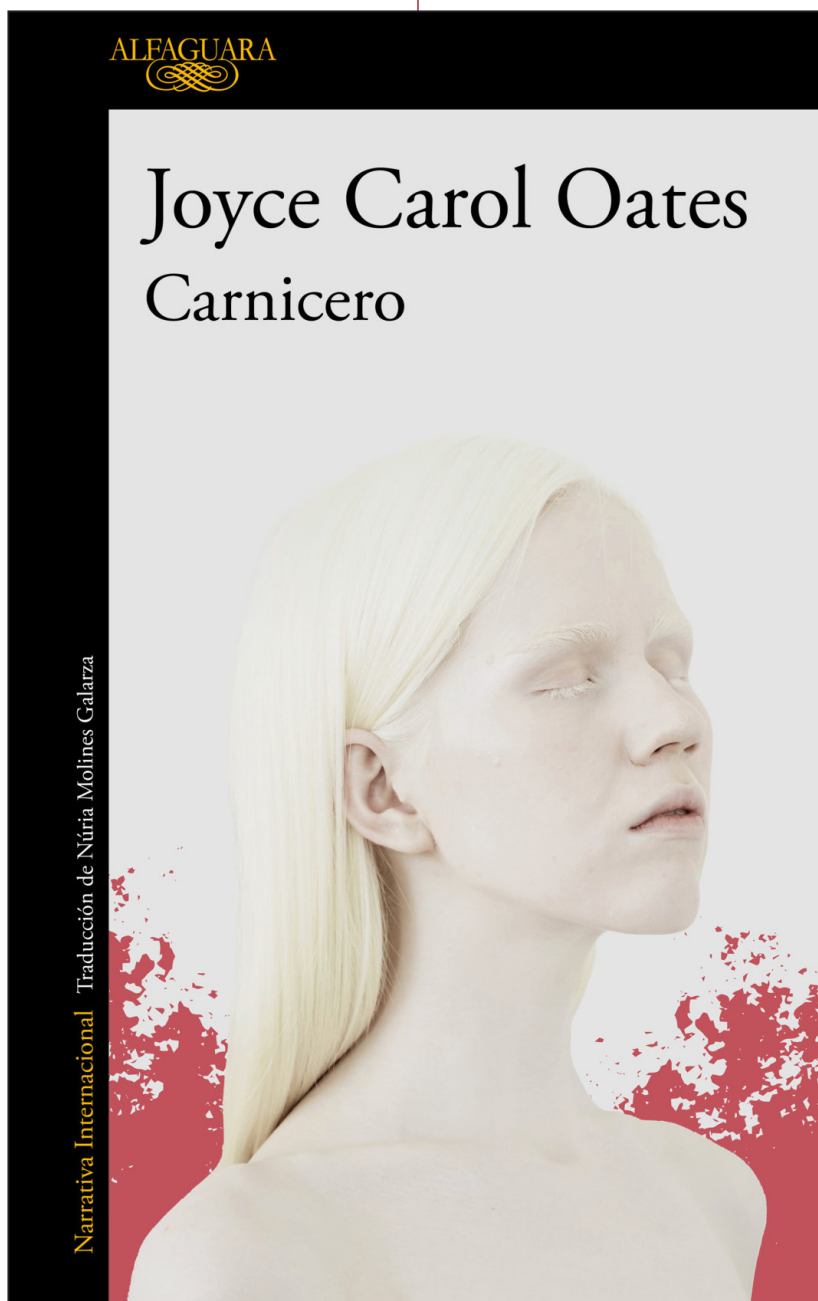




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

La historia del doctor Silas Aloysius Weir, «padre de la ginopsiquiatría», está teñida de megalomanía, misoginia, tortura y sangre.

Lo conocemos a través de su albacea e hijo mayor, Jonathan Franklin Weir, que diez años después de la muerte de su padre publica una biografía recopilada a partir de diversas fuentes. El «coro de testimonios» va desde el breve recuerdo de Tabitha —una joven a la que Silas intentó cortejar— hasta extractos de las memorias escritas por la «paciente estrella» de su padre, Brigit Kinealy, pasando por la autobiografía de Weir, *Crónica de la vida de un médico*, que abarca sus treinta y cinco años como director del Manicomio Estatal de Nueva Jersey para Mujeres Lunáticas, en la segunda mitad del siglo XIX.

Silas Aloysius Weir es un joven médico de Pensilvania, de familia distin-

guida pero escaso carisma y muy poco atractivo. Un practicante con apenas unos meses de formación en una escuela de segunda, que se desmaya con solo ver u oler la sangre, y más aún si sale del cuerpo de una mujer, algo que le resulta repugnante. Aun así, deseoso de impresionar a su padre —pues él, oveja negra, no alcanza la genialidad de su hermano mayor—, está decidido a triunfar como cirujano. Para destacar sobre el resto, correrá los riesgos que sean precisos, convencido de que Dios guía su camino:

Es un motivo recurrente en su autobiografía su convicción de que, hiciera lo que hiciera, *la divina Providencia guiaba su mano*. Hasta las tareas más pequeñas padre consideraba que eran clave en su sino.

Es esa certeza la que le lleva a tomar decisiones muy cuestionables. Una de ellas tiene que ver con una pequeña de cinco meses, «claramente de sangre mestiza», que procede de una familia sin recursos y tiene el cráneo deformado. Weir se remanga dispuesto a su primera cirugía experimental: va a «arreglarla» moldeando las placas craneales con una lezna de zapatero y sus propias manos. La niña muere entre aullidos de dolor, y aunque él se exculpa porque «estaba defectuosa y su destino no era sobrevivir», su muerte determina el destierro de Silas de Pensilvania.

De allí se irá a Nueva Jersey, donde se convierte en el médico de confianza de la familia Rosencratz, «dueños de varias hilanderías de algodón a orillas del Ho-Ho-Kus». En el Hermitage, su casa solariega, los Rosencratz tienen sobre todo siervos por contrato a los que no se trata distinto que a los esclavos negros del sur. Con ellos Weir puede practicar diversos procedimientos y gana cierto prestigio.

Su suerte cambia cuando recurren a él ante una emergencia médica en el Manicomio Estatal de Lunáticas de Trenton, dirigido por Medrick Weir, primo lejano suyo.

Con la ayuda de Gretel, una comadrona experimentada, Silas asiste con éxito en el complicado parto de una sierva irlandesa albina y huérfana, de una «espeluznante belleza angelical», llamada Brigit, que también es sorda y muda. (Por supuesto, el niño le es arrebatado de inmediato).

Como recompensa, Weir entra a trabajar en el manicomio. Y así, un hombre que considera la vagina como «un agu-

jero infernal de suciedad y corrupción», y los genitales femeninos como «repugnantes en cuanto a su diseño, función y estética», acaba convirtiéndose (de cara al resto) en un experto en el campo de la gineopsiquiatría. Todo se lo debe de entrada a sus avances quirúrgicos en un mal hasta entonces incurable, «una maldición de Eva»: las fístulas, una perforación en el tracto urinario de la mujer que provoca una incontinencia crónica y continua.

Le harán falta doce operaciones —dolorosas como la sutura candente, y sin el menor tacto o empatía— para curar definitivamente a Brigit, gracias a ciertas sugerencias de Gretel que él descarta para luego retomar como ideas propias (la cuchara-espéculo, el hilo de plata). En todo caso lo logra y, cuando muere Medrick, Weir asciende hasta convertirse en director del centro, con un control absoluto sobre las internas, «la morralla y la quinacalla de la Tierra», como él las llama.

Silas crea su propio laboratorio de experimentación, y comienza a practicar grotescos experimentos con mujeres a quienes han declarado dementes y encerrado en el manicomio, pese a que con frecuencia su «locura» sea solo la tristeza arraigada o la negativa obstinada a plegarse a los deseos del varón (marido o padre).

En una época en la que se creía que «las mujeres son más proclives a la locura que los varones, pues la fuente de la *histeria* está en el útero» y que «en ellas, las emociones surgen de los órganos específicamente femeninos», Weir confía en alcanzar la fama hallando el modo de «extirpar la locura del alma de la lunática atacando la *infección* que la causa».

Mi intención era seguir un plan metódico para extirpar de manera quirúrgica diversos órganos femeninos —ovarios, útero, clítoris, vulva y otras partes residuales de la vagina—, uno a uno, en una serie de sujetos en mi laboratorio, para ver cuál de todos era responsable de la histeria, si acaso había un solo culpable; o si bien esta dolencia se extendía por toda la zona genital femenina, o bien, como Aristóteles y Galeno habían teorizado, si el útero desprendido podía errar dentro del cuerpo de la mujer y viajar hasta el torso, con graves consecuencias si, por ejemplo, entraba en contacto con los pulmones o el corazón. Así, al Sujeto #1 le extirparía los ovarios; al #2, el útero, al #3, el clítoris, etcétera.

En su arrogante ignorancia, extirpa el clítoris —«ese ofensivo y diminuto órgano», «sin función alguna»— a una adolescente que luego se suicida, y esteriliza a mujeres de razas o linajes familiares que considera propensas a «comportamientos inmorales y delictivos».

A una mujer que oye voces le cauteriza y rompe los tímpanos con agujas de tejer hirviendo, mientras que a otra con diarrea sangrante le priva de todo líquido hasta que inevitablemente muere (¡pero sin diarrea!, se felicita Weir). Arranca los dientes a sus pacientes para ver si así reduce alguna infección y les baja la fiebre, o bien las somete a flebotomías: «Ante la duda, sangradura».

También se plantea amputar la única pierna de otra, para ver si aprende a desplazarse sin ellas; o cortar la lengua a una que apenas es capaz de comunicarse, por ver si desarrolla algún tipo

de habla, «aunque sea jerigonza». Y así, tantas otras.

Todas estas intervenciones se realizan sin anestesia y ante el terror y la agonía de las víctimas, forzosos conejillos de Indias. Pronto un murmullo comienza a perseguir los pasos de Weir: es «el doctor-Carnicero», «el Carnicero Manos Rojas».

Sin embargo, él se justifica en una doble creencia. Por un lado, en sus experimentos ginecológicos no hay motivo para que tiemble la mano, pues «se sabe que el interior de la vagina es insensible a las sensaciones, como el canal del parto. No hay terminaciones nerviosas en estos órganos». Por otro, está convencido de que en su ciencia lo mueve un bien mayor, y con sus experimentos ayuda a aliviar el sufrimiento femenino.

[Los científicos] *aprovechamos* lo que la Providencia nos ha dado mediante individuos de valor cuestionable, como lunáticas, convictos y otros internos de instituciones diversas que viven a expensas del erario público. ¡Si hubiera justicia en el mundo, nada de eso debería ser objeto de calumnia, más bien, de elogio!

Entretanto y obsesionado con la huérfana albina, tras curarle la fístula, Weir ha convertido a la sordomuda en su ayudante, convencido de que existe un vínculo especial entre ellos, al mismo tiempo su paciente estrella y su tentación:

Algunos dirán —de forma cruel y sin escrúpulos— que la narcotizaba, que la tenía cautiva en una zona reservada del

manicomio en la que solo entraban las locas incurables, que la ataba a la cama, que la mataba de hambre o la empapuzaba, que mantenía una relación *ilícita, clandestina, antinatural con ella*, una acusación abominable y del todo errada.

Brigit y Gretel, la comadrona, le asisten en las operaciones —en las «carnicerías»—, a menudo contra su voluntad.

Sus experimentos lo absorben, pese a los reclamos de su propia familia —su esposa Theresa y sus nueve hijos—, que ve cómo pasa tantísimas horas en su laboratorio privado, de sol a sol los siete días de la semana. El primogénito, Jonathan, está especialmente en contra de los métodos del padre. Ha conocido a Brigit y se ha propuesto ayudarla: que aprenda a leer y escribir, que sepa de otras tierras, incluso que recupere el habla; tan

volcado está, que decide que en cuanto pueda comprará su libertad, se marcharán de allí y se casará con ella.

Finalmente, en marzo de 1861, las mujeres se rebelan —lideradas por Gretel y Brigit— y la noche desemboca en un devastador incendio y en la fuga de las internas.

Esa escena la vemos a través de Brigit, y sus memorias *Perdida y encontrada: la verdadera historia de una huérfana, contada por ella misma*. Una revisión lúcida, desgarradora y poética de esa vida en Trenton, de boca de la paciente estrella del Carnicero, que contrasta con la prosa clínica de Weir.

Pero ¿cómo lo recordará a él la historia? ¿Y cómo cambiará todo el hecho de que sea ella quien recupere al fin su propio relato y la voz que se le había negado desde niña?

LOS PERSONAJES

SILAS ALOYSIUS WEIR

Silas Weir es un joven médico tan arrogante como inseguro y falto de conocimientos. Un hombre deseoso de poder y de aprobación (la de sus iguales y la paterna), que busca despuntar en la historia de la medicina como pionero de la ginopsiquiatría, aun cuando desprecia a sus pacientes y se acerca a ellas lastrado por antiguos conocimientos médicos que se remontan a Galeno y Aristóteles. Silas justifica sus actos, crueles y faltos de empatía, bajo el pretexto de un bien mayor, y esconde sus impulsos más oscuros incluso ante sí mismo, dispuesto a verse como un científico serio y recto en sus principios morales. No lo es: Joyce Carol Oates nos presenta a uno de los monstruos de su colección.

No había nada portentoso en su persona [...] no obstante, tenía un elevado concepto de sí mismo. Claro está que los *delirios* son comunes entre quienes aspiran a la grandeza sin poseer la integridad, la lucidez o el genio que son menester para alcanzarla.

JONATHAN WEIR

Jonathan, albacea e hijo mayor del Carnicero, tiene la empatía de la que carece su padre y reniega de su trabajo en el manicomio de Trenton. Él quiere ayudar a la gente, aunque no como médico: tras estudiar Filosofía e Historia, pretende estudiar Derecho en Yale, para luchar por quienes no tienen posibilidad de hacerlo. Idealista, intelectual, Jonathan también tiene ese afán salvador de los Weir, aunque lo vive de otra manera y, cuando conoce a Brigit y se enamora de ella —de su maleabilidad, de su belleza muda—, disfraza ese deseo de control tras ideales románticos, incapaz de conocerse a sí mismo.

Una mayor cura de humildad fue que mi hijo mayor, Jonathan, resultara ser una decepción. [...] tartamudeó una excusa mientras se alejaba del laboratorio con una expresión horrorizada, todo pálido y angustiado; más tarde me explicó que los olores le habían dado náuseas y que la estampa de las desaliñadas lunáticas metidas en la cama, algunas engrilletadas a los postes metálicos del lecho, le había resultado perturbadora.

BRIGIT KINEALY

Albina, de ojos casi transparentes y el pelo blanco ceniciento, Brigit es «una abominación» de sorprendente belleza que atrae a Silas Weir desde el primer instante. La muchacha, una paria irlandesa y católica, ha crecido huérfana y traumatizada por la violenta muerte de su madre lavandera, y no conoce otra vida que la de las siervas por contrato: obligadas a trabajar largas jornadas sin recibir salario alguno, solo comida y alojamiento, por periodos de hasta siete años que inexorablemente se van prolongando.

En ese mundo, su cuerpo no le pertenece —sabe qué es ser violada repetidamente o usada como «sujeto experimental»—, y no tiene voz, ni literal ni metafóricamente. Vive además avergonzada por una fístula que la ha aislado aún más y la obliga a trabajar en las letrinas. Aun así, es una muchacha dulce, observadora y compasiva, y la llegada de Silas, su empeño en curarla, supone un milagro para ella, algo de luz en la oscuridad. Aun así, tendrá que aprender a navegar entre las contradicciones emocionales que esa relación con su monstruo-salvador provoca en ella.

Por qué no puedo hablar, me aterroriza hablar. Me aterroriza gritarle al Carnicero Manos Rojas que no me toque. Pues es mi amo, tiene derecho a tocarme. Tiene derecho a azotarme. Tiene derecho a forzarme, ostenta el dominio de mi cuerpo. No tengo manera de chillar por que me hayan quitado a mi hijo, me lo sacaran del cuerpo rajado entre aullidos de dolor, un cuchillo que me cortó el vientre.

GRETEL

Gretel es una de las siervas del manicomio a quien la anterior administración ha forzado, mediante engaños, a prorrogar su contrato firmando anexos que no entendió del todo en aquel momento. Ahora es prácticamente una prisionera —jamás logrará recomprar su libertad—, pero ha conseguido crearse un hueco entre los médicos y las internas. Para ellas es una figura maternal. Para ellos, una ayuda fiable: es ella quien asiste a Silas en su primera visita a Trenton. Gretel no tiene estudios formales de enfermería de ninguna clase, ha aprendido de otras

comadres más mayores, pero es inteligente y observadora, y capaz de dar con soluciones ingeniosas, aun cuando jamás se le reconocerá el mérito. Pronto se convierte en la única mujer del personal en quien Silas puede confiar. Un ángel para las pacientes del Carnicero Manos Rojas.

—Yo era de un pueblecito de las afueras de Düsseldorf, me enviaron aquí a los catorce, éramos muchos en la familia. Hace tanto tiempo que casi no me acuerdo.

—No me había dado cuenta, Gretel, ¿tú también eres sierva?

—Aquí estamos todas en la misma situación. La única diferencia está en que algunas hemos perdido la esperanza y otras no, o todavía no.

LAS OTRAS PACIENTES DEL CARNICERO

Esther C__ es otra de las pacientes de fístula de Silas, pero su caso es más desafortunado que el de Brigit: encerrada por su familia por «sucia», «incontrolable» y «poseída por demonios», atravesará un calvario en manos del Carnicero y, como ella, otras muchas internas. Nestra, espeluznantemente desfigurada, ciega del ojo izquierdo y con la columna deforme y «la desquiciante manía de farfullar y reírse sola». Betsabé, a quien le falta la pierna derecha hasta la altura de la rodilla, pero con una agilidad tal que despierta en Silas «la pregunta de cómo se adaptaría el sujeto si también le amputara la otra pierna». Ambas habían dado a luz en el manicomio y les habían quitado a sus criaturas para darlas en adopción antes de someterlas a una *esterilización terapéutica*. Y también está Zanobia D__ y su labio leporino, Mahala H__ y su epilepsia y alucinaciones auditivas, la embarazada Wilhelmina S__, que dará a luz gemelas...

Privadas de dignidad e incluso de nombre, esas mujeres encuentran en Brigit y Gretel y en el resto de las internas la compasión necesaria para no enloquecer ni rendirse y tratar de sobrevivir al infierno de la experimentación médica. Y la fuerza también para levantarse y luchar por sus vidas mientras aún sea posible, más allá del pabellón norte y su escenario de pesadilla.

Sin contar a Brigit Kinealy, que seguiría siendo un caso único, Esther C__ fue mi primer sujeto experimental en el manicomio de Trenton; el primero de un número *histórico* que en ese momento ni podía imaginar.

EL MUNDO GÓTICO DE JOYCE CAROL OATES

Por la noche, el interior del edificio de ladrillo rojo emanaba un aura fúnebre. Los olores naturales de aquella casa de locas —a alcanfor, a comida rancia, a pelo apelmazado, a desesperación y a rabia— eran más densos que durante el día. [...] las ventanas no dejaban pasar la luz, tan solo reflejaban un interior titilante, distorsionado por la luz de las velas.

No hay escenarios lo bastante tenebrosos como para que Joyce Carol Oates aparte la mirada. En *Carnicero*, el castillo o la vieja mansión de las pesadillas góticas se transforman en un complejo de impresionantes edificios de ladrillo rojo, al que Silas Weir llega por vez primera en mitad de «un aguacero que parecía un ondeante visillo de muselina, mientras el carruaje seguía zambulléndose por una carretera embarrada».

Los espacios públicos del Manicomio Estatal de Lunáticas de Trenton, en el edificio principal, son bonitos y limpios, incluso luminosos, igual que las habitaciones privadas. Sin embargo, esto solo oculta el estado decadente del resto, y es en uno de estos escenarios clandestinos —la última planta del pabellón norte, «un rincón remoto y desolado de los terrenos de la institución, vedado el paso salvo a un puñado de enfermeras y auxiliares cuidadosamente escogidas»— donde el Carnicero emplaza su laboratorio, su gabinete de los horrores.

Joyce Carol Oates nos arrastra a esa zona en penumbras donde él es el amo. Las víctimas indefensas de Silas Weir son mujeres sometidas a su capricho impulsivo y tiránico.

Se trata de un reino ajeno al mundo y lleno de secretos donde no rigen las

mismas normas que al otro lado de sus muros y se respira la amenaza del dolor y la sangre. Es un miedo potenciado por lo desconocido, porque nadie más que Silas Weir y sus «sujetos experimentales» saben lo que ocurre ahí dentro.

Ventanas enrejadas, cerrojos en las puertas, celdas acolchadas (la «celda Weir»), jaulas de madera con barrotes para «las más peligrosas», las que asoman las manos y gimotean o maldicen al paso del Carnicero, o suplican ayuda a las siervas por contrato como Brigit o Gretel, esclavas que trabajan durante años para conseguir su libertad sin alcanzarla nunca.

Se decía también que en ese lugar las pacientes estaban atadas a la cama con grilletes, con sábanas empapadas y enjauladas como bestias; que los cadáveres de aquellas que no sobrevivían desaparecían de inmediato, al abrigo de la oscuridad, y que se enterraba su cuerpo en los terrenos del manicomio, sin lápida.

La imaginación más sádica no supera la realidad de sus experimentos, y Oates afila instrumentos de tortura que van más allá del escalpelo, la cureta o la sierra, y que, por desgracia, tienen su correspondencia en la realidad de la historia moderna de la psiquiatría.

LOS LÍMITES DE LA EXPERIMENTACIÓN

Lucy, a la que mataron de hambre y de sed, murió de la manera más desgraciada, tras doce días de fiebres y convulsiones. Pues el Carnicero le había negado la ingesta de líquidos como requisito para su experimento. Y yo le había dicho que era un *experimento inhumano*.

Me miró asombrado, yo, una mera enfermera auxiliar, como si un perro se irguiese sobre las patas traseras para protestar en lenguaje humano. ¡Inhumano! ¿Qué dices? Esto es ciencia, no sentimientos.

En *Carnicero*, vemos instrumentos o terapias que parecen salidas de la mente de un sádico psicópata, y no de un médico, tal y como hoy lo entendemos. Herramientas «médicas» como la camisa Weir, «una prenda de tela basta cuyas mangas se cruzaban sobre el pecho de la paciente mediante correas», o el casco Weir, que

se encaja en la cabeza con una gruesa mordaza de algodón sobre la boca para amortiguar los gritos. También la rueda Weir, donde se insertaba la cabeza «y luego se fijaba, como con un tornillo de banco», para que la paciente no se moviera, presa del dolor o el pánico.

Vemos igualmente terapias brutales en su concepción misma, que buscan imponer la «tranquilidad» en el cerebro femenino a través de la rendición del cuerpo (la silla de la tranquilidad, las aguas de la tranquilidad, etcétera).

Para Silas Aloysius Weir, el fin último es el desarrollo de la ciencia. Cueste lo que cueste, aunque el precio no lo asuma él, sino las pacientes con las que experimenta.

El Carnicero Manos Rojas acaba construyendo toda una carrera de prestigio sobre el maltrato hacia las mujeres: el sadismo y el deseo de gloria o de poder

disfrazados de genialidad científica y del deseo de ayudar a la humanidad entera, a costa de deshumanizar al individuo.

Y este es un patrón que va más allá de la novela.

Aunque se trata de un personaje de ficción, Oates se inspira en médicos reales para la figura de Silas Aloysius Weir, y las operaciones que lleva a cabo se basan en procedimientos infligidos a mujeres del siglo XIX. Bien desde el campo de la ginecología, o bien desde el de la psiquiatría (el Carnicero combina ambos, padre de la «ginopsiquiatría moderna»).

Si desde el primero se buscaba combatir la «histeria» femenina con extirpaciones de clítoris o de ovarios, entre otras, desde el segundo se optaba por terapias que no se quedaban atrás como torturas.

Tres fuentes centrales en la investigación de Joyce Carol Oates: J. Marion Sims (1813-1883), Silas Weir Mitchell (1829-1914), y el doctor Henry Cotton, director del Manicomio Estatal de Lunáticos de Nueva Jersey entre 1907 y 1930.

Sim fue un ginecólogo sin la formación adecuada, que, en la década de 1840 y en la Alabama esclavista, empezó a realizar cirugías experimentales a mujeres y a niños negros. Pasó a la historia como «padre de la ginecología moderna» y se le reconoce el haber desarrollado la primera operación exitosa de la fístula vesico-vaginal. Solo mucho tiempo después se cuestionaron sus métodos: las operaciones sin consentimiento, con las mujeres maniatadas y desnudas, mientras se accedía a la fístula sin anestesia.

En el caso de Mitchell, neurólogo experto en lesiones neurológicas —fue él quien acuñó, de hecho el término de «miembro fantasma»—, sus métodos buscaban «curar» a la mujer obligándola a rendir el cuerpo: regresar a un estado infantil a base de reposo y grasa. Esa «condición infantil» de la mujer la validaba la ley, que las sometía al varón más cercano y a menudo dejaba su destino al capricho de un apretón de manos entre «caballeros», también en lo que respecta a los procedimientos médicos. El remedio de Mitchell —recogido en la novela de Oates en el abrumador capítulo «La silla de la tranquilidad: del diario de la señora de Thomas Peele»— pasaba por inmovilizar a la paciente de seis a ocho semanas, sin que pudiera moverse absolutamente para nada, y sobrealimentarla a la fuerza con alimentos líquidos hasta llegar a ganar cerca de los veinte kilos. Aparte de esto, cualquier actividad intelectual estaba vetada, pues «el alma de la mujer se desarrolla mejor en el descanso; la del hombre se expresa mejor en el movimiento».

En interpretaciones como esta —científicas, misóginas y asentadas ya desde Aristóteles o Galeno—, se apoyaron muchos de los experimentos que pretendieron hacer evolucionar la ciencia, aupándose sobre el dolor de mujeres indefensas.

De fondo, uno de los dilemas éticos más antiguos: ¿hasta qué punto es moralmente aceptable el sacrificio (forzoso) de unos pocos por el bien de muchos?

EXTRACTOS

El cuerpo femenino es, en cierto sentido, repulsivo cuando se examina muy de cerca; una maldición de la carne que las mujeres más sabias aceptan como una deuda heredada de Eva; no tanto los aspectos mamíferos del cuerpo, que pueden ser tolerables para la vista si están debidamente encorsetados y vestidos, como sí las partes pudendas, entre los muslos y más arriba, un agujero infernal de suciedad y corrupción, aunque extrañamente idéntico al canal de parto con su misión sagrada.

En las mujeres en particular, eran signos claros de enajenación la apariencia desmañada, el pelo alborotado y las uñas rotas, un fuerte olor corporal y, por encima de todo, la incapacidad para vestir de manera adecuada o de encorsetarse; síntomas que hasta el matasanos menos formado era capaz de identificar.

A esa edad y, en todos los casos, fuera del matrimonio, esa precocidad sexual es desconcertante para la sociedad civilizada. La explicación reside, casi seguro, en el relativo grado de laxitud de los estándares morales entre las clases más bajas, su fracaso a la hora de inculcarles la fe cristiana, como sus padres a ellos.

Con frecuencia, exasperado, le preguntaba a una de esas afligidas: «Pero ¿cómo has permitido que suceda algo así? Seguro que te *resististe*, ¿no?», si bien la respuesta eran sus ojos llorosos y un silencio pétreo.

Una vez Gretel oyó mis preguntas e intervino con una risa socarrona, y me dijo que ninguna chica o mujer podía decirle que «no» a ningún varón, salvo que viniera de una familia con dinero, en cuyo caso, no podía decir que «no» a ninguna propuesta de matrimonio aprobada por su padre.

No me gustaba pensar en la *mezcla de razas*, me parecía algo contra natura, además de hartamente improbable, pues, de natural, uno prefería a alguien de su propia raza; me causaba repulsa el *mestizaje*. Como yo era un abolicionista convencido, no hacía falta que me sermoneasen o me dijiesen que la esclavitud estaba mal; si bien no le veía razón alguna a creer en la *igualdad* de las razas, del mismo modo que tampoco la hay entre los sexos.

Es bien sabido que las hembras de las especies son más *leales* que los varones, porque no compiten con ellos, sino que asumen su lugar como *subordinadas* y *ayudantes* suyas con naturalidad.

El trato con mi mujer no era fácil, dada la naturaleza de mis responsabilidades en el manicomio [...] a ella le resultaba de muy mal gusto, como esposa de buena clase, imaginarse a su esposo tan cerca de pacientes femeninas; más aún, imaginárselo mirándolas semidesnudas o desnudas del todo; sin duda, era para estremecerse de reprobación y angustia. (En nuestra relación conyugal, ambos nos habíamos comportado con rigurosa dignidad: en todos nuestros años de matrimonio, ninguno de los dos había tenido ocasión de ver al otro desvestido y el amplio espacio de la casa de piedra en la que ahora vivíamos nos permitía respetar mejor la intimidad del otro).

A mi parecer, era práctico que esas personas estuvieran sujetas a mí por contrato, como director de la institución, pues yo protegería sus intereses legales como nadie. Si Gretel, viniendo de donde venía,

intentaba marcharse del manicomio para trabajar en otro lugar, estaría muriéndose de hambre a los dos días; era impensable que Brigit sobreviviese fuera de estos muros, pues era cuanto había conocido desde que nació. ¿Quién, aparte de Silas Aloysius Weir, se ocuparía de *ella*, una albina, sordomuda, huérfana, aquejada de una horrenda *fistula*?

Es cierto que la mayoría de mis intervenciones quirúrgicas se llevaban a cabo sin *anestesia*, y por una razón bien práctica: en mis primeros años como director apenas se sabía nada de ese procedimiento. (...) De hecho, experimenté con el cloroformo y la tintura de opio de vez en cuando con mis pacientes, pues no era muy probable que se alarmasen o fuesen siquiera conscientes de tal procedimiento.

En la profesión médica se ha reconocido de largo que las mujeres son *enfermeras*, *comadronas* y *cuidadoras innatas*, y que buena parte de esa labor surge de un instinto puramente caritativo, que no requiere de compensación económica.

En los días de Medrick Weir, dichas adopciones me habían parecido de dudosa moralidad, pero mi junta de supervisión había argüido, de manera hartamente convincente, que, para proteger a la criatura, no podían dejar al recién nacido en manos de una lunática. Al fin y al cabo, un manicomio no es lugar *para criar niños*.

Por tanto, si la solución más práctica era dar a la criatura en adopción a una buena familia cristiana, también era práctico permitir que los padres adop-

tivos pagasen una pequeña suma por esa criatura tan deseada. Nadie podría poner reparos razonables a ese proceder.

Pues está claro que la enajenación mental en las mujeres es consecuencia de las infecciones, en particular, de los genitales femeninos, responsables de un amplio espectro de estados de ánimo, fugas disociativas, excentricidades, «caprichos» y cosas por el estilo, así como manifestaciones más graves de lo que se considera *locura*.

De hecho, yo era probablemente el único cirujano de Nueva Jersey capaz de tratar el *vaginismo*, a petición de maridos frustrados que me traían a su esposa, históricamente «frígida», para que llevase a cabo una intervención delicada que ensanchaba la boca de la vagina, al tiempo que seccionaba los nervios colindantes para neutralizar toda sensibilidad; a menudo, esta operación se combinaba con una clitorrectomía de la que la esposa no era consciente, y, si era lo indicado, una ovariectomía.

Como han demostrado estudios recientes, la llamada educación «superior» entre hembras blancas pone en peligro la cantidad de flujo sanguíneo que va del útero al cerebro, lo multiplica por diez, cosa que tiene como consecuencia pro-

bable que dicha actividad marchite los ovarios y evite que la mujer alumbre sus deberes maternos; siendo ese el caso, eran más que urgentes los experimentos rigurosamente controlados en esta rama de la fisiología.

Con lo vanidosos que eran, ni se planteaban cuánto los despreciábamos y conspirábamos para alzarnos contra ellos, igual que (según nos contó Gretel, que sabía de esas cosas) un esclavo negro llamado Nat Turner había liderado una revuelta contra los opresores blancos de Virginia y había matado a más de cincuenta en una sola noche. (...) Sería un grave error hacer lo que había hecho Nat Turner: matar.

Pues la sangre llama a la sangre. Todas las espadas tienen doble filo.

Nosotras tantas y él solo uno, nos susurraba Gretel mientras seguíamos cautivas.

Hasta que Gretel pronunció esas palabras no nos habíamos dado cuenta. (...) Como una sucia ventana enrejada que se ha roto para que entren ráfagas de aire fresco, la idea misma de la *revuelta*, la *insurrección* nos revivía. Banderas que ondeaban fuerte al viento de la independencia, nuestro corazón las saluda desbocado.

Las visiones de *degollar*, *incendiar* nos inyectaban energía.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Silas Weir es un hombre lleno de contradicciones entre sus supuestos principios y sus actos, en múltiples facetas. ¿En qué detalles lo habéis visto reflejado?
2. Brigit conoce a Weir como su salvador. ¿Qué creéis que hay en ella que despierta en Silas el deseo de ayudarla? ¿Por qué pensáis que no siente esa conexión con sus demás pacientes?
3. Tanto Brigit como Gretel tienen una situación «privilegiada» en Trenton, con respecto a las internas. ¿Creéis que para ellas supone un dilema? ¿Cuáles son las principales alternativas entre las que pueden elegir? ¿Qué consecuencias tendría cada una de esas opciones? ¿Haríais algo distinto a ellas?
4. «Cuándo empezó la *carnicería*, si al principio todo son buenas intenciones. Intención de ayudar, salvar», se pregunta Brigit. ¿Cuál creéis que es la respuesta? Si pensáis que existe un punto de no retorno, ¿dónde estaría?
5. ¿Qué os parece que la autora detalle las torturas sin apartar la mirada? ¿Os ha parecido valioso, oportuno? ¿Qué creéis que aporta a la lectura?
6. La familia de Silas sospecha lo que ocurre en Trenton, pero no quiere mirar de cerca. Brigit habla de «vergüenza filial» en Jonathan. Silas, al respecto de Theresa. ¿Creéis que es la misma vergüenza?
7. Brigit piensa que mucha gente (tanto del manicomio como de fuera) sabía de las torturas aunque se mantuvieran al margen —«nadie que no quiera oírte te oirá»—. ¿Dónde están los límites de la responsabilidad? Quizá

queráis buscar la prueba Milgram, de 1963, y su actualización en este siglo XXI, ¿qué opináis de sus conclusiones ligado a esto y cómo cambiar esa tendencia del ser humano?

8. Brigit no tiene voz hasta que conoce a Jonathan. ¿Por qué creéis que se da ese cambio? Y a su vez ¿qué consecuencias tiene ese cambio en ella?
9. «Donde hay confianza, podemos hablar. Podemos oír», dice Brigit. ¿Estáis de acuerdo con esta frase? ¿Qué significa para vosotros «confianza»? Esa confianza ¿viene de dentro o de fuera?
10. Brigit va recobrando la voz, pero se niega a hablar de sus experiencias pasadas con el Carnicero: «Lo que mi cuerpo había soportado ya lo *había* soportado. Había superado esos recuerdos». ¿Qué os parece esta postura?
11. Oates amplía el alcance de los puntos del libro situándolo frente a los debates sobre la esclavitud y comparándolos con la situación de las siervas por contrato como Brigit o Gretel. ¿Conocáis esta figura? ¿Y a alguna de las figuras históricas que menciona, como a la poeta Phillis Wheatley o al esclavo negro Nat Turner? ¿Habéis leído sobre alguno de esos personajes o asuntos históricos a raíz de la novela?
12. ¿Por qué creéis que usa Silas ese «dulce bálsamo del Leteo»? Si el láudano es otra especie de anestesia, ¿creéis que trata de mitigar algún dolor o se trata de otra cosa? ¿Creéis que tendría algún efecto positivo o negativo en el personaje el no anestesiarlo?
13. Al final del libro, las internas se rebelan. ¿Qué emociones o sentimientos creéis que mueven a Brigit antes, durante y después de la decisión? ¿Cómo afecta esa decisión a su crecimiento?

14. ¿Por qué creéis que Silas Weir nunca llega a revelar la verdad sobre el incendio, el ataque y la fuga de las internas? ¿Qué emociones pensáis que lo mueven?
15. Los dos Weir, Silas y Jonathan, se presentan como «salvadores» de Brigit desde perspectivas, en apariencia, muy distintas. ¿Qué rasgos de personalidad comparten padre e hijo? ¿Y en qué se diferencian? ¿Pensáis que es amor lo que Jonathan siente por ella?
16. ¿Qué crees que le ha escrito Brigit a Jonathan al final de la novela? ¿Cómo habríais reaccionado vosotros en su lugar? ¿Cómo os gustaría que acabara su historia?
17. *Carnicero* examina la capacidad de decisión que niñas y mujeres tienen o no sobre sus propios cuerpos. ¿Hasta qué punto os parece que este debate sigue abierto hoy día y en qué campos?
18. ¿Habéis leído otros libros de esta autora? Si conocéis *Un libro de mártires americanos* e incluso *Blonde*, también de Joyce Carol Oates, ¿veis paralelismos entre estas tres novelas? ¿Habéis reconocido temáticas comunes con otras de sus obras?
19. ¿Qué transmite ese cambio de estilo del narrador entre los escritos de Silas y los de Brigit? ¿Creéis que el estilo refleja la personalidad de quien escribe? ¿Cómo se transmite en la novela?
20. ¿Creéis que es moralmente aceptable el mal de unos pocos por el bien de muchos? ¿Qué otros ejemplos podéis encontrar a lo largo de la historia? ¿Dónde fijaríais los límites del utilitarismo? ¿Qué otros dilemas morales y éticos habéis visto en la novela?

LA AUTORA



© Dustin Cohen

JOYCE CAROL OATES nació en Lockport, Nueva York, en 1938 y es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Es autora de más de medio centenar de novelas, más de cuatrocientos relatos breves, más de una docena de libros de no ficción, once libros de poesía y nueve obras de teatro en sus más de cinco décadas de trabajo. Ha sido galardonada con numerosos premios, como el National Book Award, el PEN/Malamud Award, el Prix Fémina Étranger y, en España, con el Premio BBK Ja! Bilbao por el «modernísimo humor negro de su obra» y el Premio Pepe Carvalho 2021. En 2010 recibió la National Humanities Medal,

el más alto galardón civil del gobierno estadounidense en el campo de las humanidades y, en 2012, el Premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Alfaguara inició en 2008 la publicación de su obra con la magistral novela *La hija del sepulturero*, a la que han seguido *Mamá*, *Infiel*, *Ave del paraíso*, *Memorias de una viuda*, *Una hermosa doncella*, *Blonde*, *Hermana mía*, *mi amor*, *Mujer de barro*, *Carthage*, *Mágico*, *sombrío*, *impenetrable*, *Rey de Picas*. *Una novela de suspense*, *Un libro de mártires americanos*, *Riesgos de los viajes en el tiempo*, *Delatora*, *Babysitter*, *Noche. Sueño. Muerte. Las estrellas*, y ahora, *Carnicero*.

